

A modo de justificación

Recogen los textos de este libro una selección de artículos, reseñas, ensayos literarios de diferente extensión y conferencias escritos en un amplio periodo de tiempo. Cada uno de ellos nació en fechas y circunstancias diversas y todos mantienen su estructura original, pese a ello, a la hora de agruparlos en este volumen, algunos —los dedicados a Pedro Salinas, a Keneth Rexroth y a Gabriel Ferrater, por ejemplo— han sido actualizados para la ocasión con la aportación de datos que desconocía en el momento de escribirlos y que resultan imprescindibles para una justa valoración de lo expresado en ellos. Algunos de estos textos —las reseñas, primordialmente— han sido publicados con anterioridad en revistas especializadas y en suplementos de periódicos, otros son fruto de colaboraciones en libros colectivos y algunos, los menos, se concibieron como conferencias en distintos encuentros literarios. Solo uno de ellos ve la luz pública por primera vez.

Resulta fácil colegir que tan diferentes y variadas intenciones no pueden dar como resultado una homogeneidad —por otra parte, nunca perseguida, a tenor tanto de la intención como del formato de cada texto—, aunque esta diversidad de enfoques no va en detrimento —confío en ello— de una unidad de tono que considero necesaria para ejercer la crítica del modo más personal del que soy capaz, ni resta eficacia alguna al libro que los agrupa y trata de rescatarlos del olvido. Porque cada reseña, cada artículo, cada ensayo ha de leerse como fragmentos de un todo que no es otro que la admiración por la forma del lenguaje, en sus diferentes manifestaciones —sean estas poéticas, filosóficas o artísticas—, que trata de aprehender todos los pliegues de la realidad y de descifrar los interrogantes del ser humano que sufre en sus propias carnes la incertidumbre de la existencia.

Como he dicho, no hay modificaciones sustanciales en los originales, salvo la corrección de las ineludibles erratas que tanto afean el texto, así como de algún dato inexacto que puede conducir a equivocaciones de fastidiosa contrariedad. La actualización de los pormenores que con posterioridad han enriquecido la bibliografía de

cada uno de los autores tratados conllevaría un esfuerzo que excede con mucho el propósito de estas páginas, que no es otro que ofrecer un comentario, una aproximación no excluyente sobre un autor admirado o un libro determinado en el momento de su publicación. El lector, no obstante, será lo suficientemente generoso como para disculpar las discordancias y las repeticiones que he observado al releer los textos, y también —como afirma Eliot en su ensayo *Criticar al crítico*— las «afirmaciones con las que ya no estoy conforme; opiniones que ahora sostengo con menos firmeza que cuando las expresé por vez primera o que mantengo ya con importantes reservas», reservas casi inevitables cuando se agrupan textos pertenecientes a un arco temporal que abarca unos veinte años. «Y, sin embargo —continúo bajo el amparo de Eliot—, he de reconocer mi relación con el hombre que dijo eso y, pese a todas las reservas, continúo sintiéndome identificado con el autor».

Por lo general, cuando un poeta escribe sobre la obra de otro poeta o de otro artista, lo que hace, a menudo de manera inconsciente, es analizar su propia escritura, poner a prueba sus propias convicciones estéticas, hablar, en suma, de sí mismo. De este testimonio se deduce que la elección de los autores comentados no se haya en modo alguno fundamentada en la arbitrariedad, y que tiene más que ver con las afinidades y las predilecciones a las que hace mención el título que encabeza estas páginas que con encargos y compromisos más o menos ineludibles. Tanto en el caso de las afinidades como en el de las predilecciones, el voluntario acercamiento parte de un respeto a esta forma de literatura que es el estudio conciso, apegado a la inmediatez, pero con un modesto afán intemporal que se sustenta en la convicción de que la crítica es una parte más de las muchas formas que asume la creación. El propósito de esta intervención en la obra ajena no es otro que el de esclarecer la oscuridad inmanente a todo trabajo artístico y descubrir algunas claves o ideas que animan dicha obra, analizada siempre desde la complicidad estética de un lector que, sin embargo, no se deja arrastrar por convicciones ajenas al propio valor artístico ni por la fidelidad que se sustenta en la camaradería.

Me gustaría aclarar, por último, que en estas aproximaciones críticas no he tratado de elaborar un ejercicio de teoría literaria «con sus abstracciones impersonales y sus generalidades vacuas» —según escribe el profesor Terry Eagleton— para el que, por otra parte, no estoy especialmente dotado, ni tampoco de crear falsas expectativas pedagógicas. Se trata de un modesto acercamiento personal, de un vínculo afectivo que nace, unas veces, al leer la obra admirada, mientras que otras son producto de una conversación íntima. En cualquier caso, solo pretenden añadir observaciones subjetivas con el deseo de que enriquezcan la lectura de su obra.

Para la ordenación de los textos se ha seguido un criterio cronológico, atendiendo no al momento de su publicación, sino a la fecha de nacimiento del autor comentado. Por lo que respecta al título, *El escenario infinito*, trata de dejar constancia de

las innumerables propuestas literarias que tiene a su disposición el crítico. El escenario de la literatura es prácticamente infinito, y en este volumen solo tienen cabida una millonésima fracción de ese universo inagotable. Por otra parte, antes de dar por finalizadas estas palabras previas, me gustaría agradecer la hospitalidad de los distintos medios que acogieron con anterioridad los trabajos que ocupan estas páginas: periódicos como *El Diario Montañés*; las revistas *Turia*, *Clarín*, *El Maquinista de la Generación*, *Nadadora*, *Ancia*, *Licencia poética*, *El cuaderno digital*, *El Coloquio de los Perros* o *Diablo Texto*, editoriales como Pre-textos, Visor, Libros del Aire, Impronta, Devenir, Esdrújula o Biblioteca Nueva; instituciones como la Fundación Gerardo Diego, la Fundación Santander Creativa, el Centro Nacional de Fotografía José Manuel Rotella, el Aula Poética José Luis Hidalgo, el Ateneo de Santander, la Universidad Internacional Menéndez Pelayo y el Colegio Público José Luis Hidalgo. De mi sincero agradecimiento me gustaría dejar aquí constancia. En cuanto a las deudas literarias, son tan cuantiosas que me resulta imposible enumerarlas. Sirvan estas palabras para reconocerlas. Por último, y a modo de *excusatio non petita*, me atrevo a reproducir esta cita de Jaime Gil de Biedma que resume de forma ejemplar lo que de forma tan torpe he intentado exponer anteriormente: «Los poetas metidos a críticos de poesía nunca resultamos del todo convincentes, aunque a veces sí muy estimulantes, precisamente porque estamos hablando en secreto de nosotros mismos».